

EL CORAZÓN Y LOS CINCO SENTIDOS: CLAVES PARA LA TEOLOGÍA DEL CUERPO SEXUADO.

THE HEART AND THE FIVE SENSES: KEYS TO THE THEOLOGY OF THE SEXED BODY

por José GRANADOS

Veritas Amoris Project

josegranados@dcjm.org

ORCID: 0000-0002-8935-984X

Recibido: 4-8-2022 / Aceptado: 28-8-2022

Resumen:

El artículo ofrece una visión del significado de la sexualidad que recorre los cinco sentidos. El orden de exposición no corresponde con la jerarquía clásica de los sentidos (del tacto a la vista), sino que adopta la perspectiva del encuentro interpersonal, que comienza con la mirada y se acerca hacia la caricia. Se observan modos más o menos profundos de vivir los sentidos, de forma que se adentren en el conocimiento de la persona amada. Cada sentido aporta una dimensión única para comprender la totalidad de sentido del sexo. La profundidad de los sentidos apunta también a una trascendencia, de modo que se intuya un camino de los sentidos hasta el Creador.

Abstract:

The article offers a vision of the meaning of sexuality by examining the five senses. The order of exposition does not correspond to the classical hierarchy of the senses (from touch to sight), but adopts the vantage point of the interpersonal encounter of love, which begins with the gaze and moves towards the caress. The article deals with shallow or deep ways of experiencing with the senses. The depth of the senses is measured according to their capacity of strengthening our relationship with the beloved. Each sense brings a unique dimension to understanding the whole meaning of sex. The depth of the senses also points towards transcendence, so that we can trace a path from the senses to the Creator.

Se suele hablar hoy de “realidad ampliada” en vez de decir “realidad virtual”. Se quiere así evitar que se piense la realidad virtual como una realidad sin cuerpo, que nos aliena del día a día. “No”, se dice, “sino que es más realidad, pues se añaden cosas al campo visual, auditivo, táctil...”

Uno podría prolongar esta línea de pensamiento: igual que se amplía la realidad, se ampliará también la sexualidad. Los nuevos medios sensoriales nos ofrecerían no tanto una sexualidad virtual sino una sexualidad ampliada. Fabrice Hadjadj ha jugado con la idea en su obra *Juana y los poshumanos*¹.

Pero, ¿qué significa ampliar la realidad? Se trata, parece, de ampliar lo que perciben los sentidos. Ahora bien, los sentidos no solo perciben más o menos cosas, sino que también perciben con mayor o menor profundidad. En efecto, uno puede ver muchos objetos, pero perder, por ejemplo, amplitud de visión o memoria visual. Entonces su visión habrá perdido, aun cuando haya más objetos vistos, porque habrá desaparecido uno de sus ejes centrales. Usando un ejemplo tomado del lenguaje: por muchas palabras que uno añadiese a su léxico, esto no compensaría si se perdiese la capacidad para expresar el tiempo futuro o el pasado.

Palabras clave

sexualidad – sentidos – amor – teología del cuerpo – Juan Pablo II.

Keywords:

sexuality – senses – love – theology of the body – John Paul II.

¹ Cf. HADJADJ (2020).

Pues bien, lo mismo ocurre con la condición sexuada de la persona. No basta multiplicar estímulos si se pierden dimensiones esenciales de la relación, como por ejemplo su capacidad de abrir futuro o de compartir memorias. De hecho, la crisis de la sexualidad hoy se puede ver desde una reducción peculiar de los cinco sentidos en la relación hombre-mujer. Voy a empezar describiendo esta crisis para pasar enseguida a explorar los cinco sentidos en su capacidad para desvelar y trenzar el amor.

1. Sexualidad sin sentidos

En primer lugar, se da hoy, en materias de sexo, un predominio del sentido de la vista, que llega a abarcarlo todo, en detrimento de los demás sentidos, incluido el tacto. Abunda el voyeurismo, que es propio de la pornografía. Notemos que la vista es el sentido que más parece aislarnos del objeto contemplado. Uno puede mirar por el ojo de una cerradura, sin ser visto, como si lo que viera no lo tocara ni transformara. Es el espejismo de una sexualidad sin alteridad, sin necesidad de contar con el otro, pues éste siempre obliga a tenerlo en cuenta, a salir de uno mismo, y termina siendo molesto.

En cuanto al sentido del oído, que es el sentido de la promesa pronunciada en el tiempo, vivimos una crisis de la palabra dada. Es indicio el éxito del libro de la psicóloga Esther Perel, que atestigua cómo crece la infidelidad, y le busca soluciones². Y aún más que la palabra negada preocupa el silencio: resulta hoy difícil pronunciar el “para siempre”, así como “perdóname” o “te perdono”. Son palabras demasiado largas para un *tweet*.

Pasemos al tacto, que es crucial en el sexo. Algunas encuestas indican que disminuye el contacto sexual³. Pero junto a esto vemos otro rasgo del tacto: la hondura de las heridas que el sexo provoca. Lo ha descrito Mary Eberstadt en su obra *Primal Screams* (2000). Resulta que las heridas de la revolución sexual, al tocar lo que somos como hijos y hermanos, afectan a lo más hondo, provocando reacciones viscerales.

Podríamos referirnos también al gusto, que es el sentido de la asimilación y que podemos referir a la asimilación mutua de dos vidas en una sola vida. Pero esto solo es posible si hay una diferencia complementaria, que se abre a lo diferente y lo asume en sí. La crisis de la diferencia sexual es crisis de la unidad de dos en una carne y, por tanto, crisis del gusto en lo sexual. Sucede lo que indicaba Lacan, que no existe “relación” sexual.

Por último, está el olfato, que al ser sentido de la respiración es el que abre al espíritu y a la trascendencia. La sexualidad vive hoy en manos de ciencias como la biología, la psicología, la sociología, que la explican del todo sin necesidad de acudir a algo que supere al hombre. Propio de la época secular es que Dios no tiene que ver con el sexo. Además, el olfato es el sentido del ambiente, en que la vida humana se sitúa en un espacio común, más allá de lo individual. Y hoy poco papel juega la sexualidad en la vida pública ni está tampoco situada en el cosmos amplio, en relación con el resto de los seres.

Vemos, pues, que más que una sexualidad sin sentido, lo que tenemos es una sexualidad sin sentidos. ¿Cómo recuperar toda la hondura de ellos? Normalmente los sentidos se han descrito desde los considerados más bajos, como el tacto y el gusto, hasta el rey de ellos, que es la vista. Pero aquí queremos ver los sentidos en la relación hombre-mujer. Parece adecuado partir de los primeros sentidos donde esa relación se da, que son la vista y el oído, y profundizar luego a los demás, cuando la relación se va haciendo íntima.

Como vamos a ver, el campo de los sentidos está sexuado, en cuanto que lo sella la diferencia sexual, que lo atraviesa. Así, la vista del hombre se interesa por la mujer y viceversa; y hay una atracción singular hacia el rostro y la mirada de la persona del otro sexo. Y lo mismo sucede con el oído, especialmente sensible para el juego de voces masculino y femenino. En cuanto al tacto, veremos que

² Cf. PEREL (2017).

³ Cf. REGNERUS (2017).

la clave está en la caricia; describiremos el gusto como la unidad en una sola carne, donde el hombre y la mujer se asimilan uno al otro; y el olfato como la aparición de un ambiente a partir de la unidad hombre-mujer en la diferencia.

2. La mirada y el rostro

Juan Pablo II, en sus *Catequesis sobre el amor humano*⁴, afirma que nuestro modo de mirar corresponde a nuestro modo de ser: así como cada uno es, así mira (*intueri sequitur esse*). De hecho, es propio del pintor no tanto transmitir una imagen sino transmitir un modo de mirar. Pues puede mirarse en modo reducido, eliminando elementos, sin llegar a la profundidad que pide la persona que miramos.

Este mirar reducido sucede, por ejemplo, cuando se mira a la otra persona como modo de satisfacer un instinto sexual (¡me eres útil!) o solo por el gusto que encontramos en ella y el sentimiento que surge en nosotros (¡me gustas!). La profundidad adecuada de la persona se encuentra solo cuando decimos: “¡eres bella!”, porque esto implica que afirmamos la existencia misma de la persona. Esta afirmación tiene un valor creativo, pues el mismo Dios, cuando creó el mundo, “vio que era bueno”, que puede traducirse también por “vio que era bello (*tôb*)”. Volveremos sobre la capacidad que tiene nuestra mirada para afirmar la existencia del otro, independiente de nuestra utilidad y gustos.

Un ejemplo de esta mirada dominadora nos la da una poesía de Pedro Salinas (1998) en *La voz a ti debida*, donde se pide al espejo que encierre a la amada, para poder aprehenderla de un solo golpe de vista:

Distánciamela, espejo;
trastorna su tamaño.
A ella, que llena el mundo,
hazla menuda, mínima.
Que quepa en monosílabos,
en unos ojos;
que la puedas tener
a ella, desmesurada,
gacela, ya sujeta,
infantil, en tu marco.
Quítale esa delicia
del ardor y del bulto,
que no la sientan ya
las últimas balanzas;
déjala fría, lisa,
enterrada en tu azogue.

A la amada, en el espejo, se le ha quitado ya la delicia de “ardor y bulto”, y también el peso, símbolos de una corporalidad que se resiste a ser encerrada en el propio esquema. Todo queda reducido a ver, porque la vista controla. Pero aún se pide más al espejo. Se le pide que neutralice la mirada de la amada, para que no se dé el cruce de ojos que la hacen peligrosa:

Desvía
su mirada; que no
me vea, que se crea
que está sola.
Que yo sepa, por fin,
cómo es cuando esté sola.
Entrégame tú de ella
lo que no me dio nunca.

“Entrégame lo que no me dio nunca”. Es el deseo de conocer plenamente a la amada, de robarle el secreto de su libertad, de ocupar a la fuerza el último reducto del misterio. Pero quien esto pide al espejo sabe también en qué desierto va a quedar cuando su deseo sea concedido:

⁴ Catequesis del 10 de septiembre de 1980, n.39,4.

Aunque así
— ¡qué verdad revelada! —,
aunque así, me la quites.

Así que, para no perder a la amada, hay que arriesgarse al encuentro cara a cara, fuera del espejo. Y la mirada se concentra sobre el rostro. Los rostros son los polos de nuestro campo visual, como si fuera un campo magnético. Y esos rostros están sexuados, según la polaridad hombre-mujer. En efecto, son rostros de hombres y mujeres que nos atraen de modo diferente, con significados distintos.

Lo ha visto muy bien Julián Marías en su *Antropología metafísica* (1970). La mirada personalizadora es la que privilegia el rostro frente al resto de la persona. Pensemos en ese cuadro surrealista de Magritte, *La sirena*, donde se la representa con piernas de mujer y rostro de pez, con lo que ya no resulta humana, por bellas que sean sus extremidades. Desde su infancia el niño ha percibido la luz en forma de rostro, el rostro de la madre, y ha sido capaz de interpretar la bondad o la peligrosidad del mundo a la luz de aquel rostro. Julián Marías llega a decir que el ojo, centro del rostro, es “el primer inteligible”.

El mismo Marías describe luego los dos rostros clave del hombre y de la mujer. Pues lo masculino y lo femenino se miran personalmente solo si se miran desde el rostro. La figura del rostro masculino la define Marías desde la gravedad (*gravitas*). El rostro masculino es grave porque es propio del varón hacerse cargo del peso de la vida, un peso que le supera infinitamente pero que, a pesar de esta superación, él sabe que tiene que llevar con dignidad. El rostro grave es el que asume ese peso, y aquí se unen dos de los cinco sentidos: una mirada que refleja un tacto, un peso que agrava los hombros.

Si este rostro masculino es capaz de llevar tal peso, es porque mira a la mujer. Es decir, no se puede interpretar el rostro del hombre sin considerar el de la mujer. El rostro femenino entusiasma al hombre por su ingravidez o gracia, que es su belleza, es decir, por una ligereza inscrita en la carne o por una carne que no pesa. De nuevo podemos volver a Pedro Salinas en *La voz a ti debida*:

No, tu carne no oprime
ni la tierra que pisas
ni mi cuerpo que estrechas.
Cuando me abrazas, siento
que tuve contra el pecho
un palpitar sin tacto,
cerquísima, de estrella,
que viene de otra vida.
El mundo material
nace cuando te marchas.
Y siento sobre el alma
esa opresión enorme
de sombras que dejaste,
de palabras, sin labios,
escritas en papeles.
Devuelto ya a la ley
del metal, de la roca,
de la carne. Tu forma
corporal,
tu dulce peso rosa,
es lo que me volvía
el mundo más ingrátido.

El rostro femenino alcanza esta ingravidez, que es su belleza, precisamente porque se sabe sostenida por la gravedad que es propia del hombre. Así, el juego de la mirada, de rostro a rostro, no queda nunca encerrado en la mirada doble de los amantes, sino que se sitúa en un espacio amplio, se abre más allá y, de este modo, deja traslucir un misterio.

⁴ Catequesis del 10 de septiembre de 1980, n.39,4.

Julián Marías insiste en el carácter proyectivo del rostro, palabra que significa originariamente la proa de las naves y que es la persona hacia delante, en su proyecto vital, realizándose lanzada al futuro. Y no es simplemente que el rostro masculino sea de por sí grave y el femenino de por sí bello, sino que “tienen que serlo”, que es su vocación ser grave o bello, y pueden realizar esta vocación plenamente o también desistir de ella, reflejándose esto también en el rostro, más o menos viril, más o menos femenino.

Y recordemos que los rostros se influyen y transforman mutuamente según cómo se miran uno al otro. Para que el rostro masculino sea grave necesita ser mirado de forma singular por la mujer; y lo mismo la mujer para ser fiel a su vocación de belleza. La mirada del otro que se fija sobre nosotros no se queda solo fuera sino que nos transforma y, al hacerlo, genera nuestra visión, nuestro modo de mirar. Esto sucede ya en el niño, que aprende a ver el mundo, como decía, a partir del rostro materno que le mira y envuelve en una mirada amorosa. Hay aquí una educación de la mirada que permite percibir la profundidad de las personas y en la que son necesarios padre y madre.

San Juan de la Cruz ha acertado a describir este poder transformador de la mirada de los amados:

Cuando tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían,
por eso me adamabas,
y en eso merecían
los míos adorar lo que en ti vían.

Los ojos del amado imprimen la gracia en la amada, haciéndola digna de amor. Y, a la vez, generan visión en la amada, que es capaz de conocer plenamente el rostro del amado. En la mirada de los padres sobre los hijos se refleja este mismo orden, con la primacía de la mirada paterna y materna sobre la del hijo. Por su parte, en el amor esponsal las dos miradas se enriquecen de modo recíproco. San Juan refuerza la idea del poder transformador de una mirada, que puede incluso eliminar lo que hay de feo haciéndolo hermoso. Es que la mirada tiene en cuenta la memoria más honda y la belleza radical (raíz) de la persona amada:

No quieras despreciarme,
que, si color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme
después que me miraste,
que gracia y hermosura en mí dejaste.

Añádase que este juego de miradas forja una mirada común. Pues precisamente porque la mirada no queda cerrada entre los amantes sino que se abre más allá, pueden mirar juntos al mundo. Amar, como ha dicho Alain Badiou (2011), es cuestión de verdad, porque consiste en contemplar un mundo compartido e, incluso, en constituir juntos ese mundo, que nace nuevo cuando se aprende a mirar desde la unidad.

3. La voz y la llamada

El sentido del oído es el de la receptividad y la llamada (a). Es también el sentido de la palabra y del lenguaje (b). Es, además, el sentido temporal, pues la escucha vive siempre dentro del tiempo y no puede separarse de él y, por eso, es el sentido más apto para ritmar nuestra biografía (c).

(a) Un cuento de Italo Calvino (1989) titulado “Un rey escucha” nos presenta al monarca, en su palacio, incapaz de separarse del trono por miedo a perderlo, pero que controla todos los rincones de su palacio por el oído. El oído puede ser también instrumento de dominio. Las cosas que se ocultan a los ojos del rey acaban en todo caso llegando a sus oídos.

Pero el oído está siempre abierto (es sentido que nos pone a la intemperie) y por ahí llega al rey la herida y, al final, la quiebra de su reino, que es la liberación del mismo rey, prisionero de sus miedos de perder la realeza. Pues en esa escucha que llega a todo el palacio y a toda la ciudad, percibe la voz de una mujer que canta, y es una voz única, una voz que revela todo el cuerpo de la mujer:

Una voz significa esto: hay una persona viva, garganta, pecho, sentimientos, que empuja esta voz al aire, diferente de todas las demás voces. La voz pone en juego la úvula, la saliva, la infancia, la pátina de la vida vivida, las intenciones de la mente, el placer de dar forma propia a las ondas sonoras (Calvino, “Un rey escucha”).

La voz nos toca. Recordemos la escena de Jesús y la Magdalena: *Noli me tangere*, “no me toques”. Pero ante esta aparente separación, ambos personajes ya se han tocado, se han impactado mutuamente con su voz: “¡María!”, “¡Maestro!”. La voz es una forma en que la persona amada entra y nos toca y sacude interiormente.

En el cuento del rey se da también la unidad de las voces, a través del canto del rey con la mujer. La armonía de la voz masculina y femenina permite la imagen de una unidad en la diferencia, como dos violines tocando a dúo, en que ambas voces son necesarias y ninguna se tiene en pie sin la otra. Recordemos el título de la obra de Carol Gilligan (2016), que despertó en el feminismo lo propio de la mujer y que hablaba de “una voz diferente”.

(b) La voz, que tiene capacidad para tocarnos interiormente, transmite la palabra. De esta forma el cuerpo, hecho de timbre y tono, comunica un sentido más allá del cuerpo. Y también el lenguaje se estructura según lo masculino y lo femenino. En el *Génesis*, el lenguaje en sentido pleno solo surge cuando aparece la mujer. Hasta ese momento solo había habido sustantivos, ahora aparecen los verbos que dinamizan y permiten el relato. Aparece también lo concreto (“¡esta sí que es carne de mi carne!”) más allá de los nombres abstractos que el primer hombre había dado a los animales.

Es interesante el hecho de que lo masculino y femenino se proyecten sobre las cosas, de modo que, en varias lenguas, tengan género árboles y montes y nubes y lluvias. Es que sin lo masculino y lo femenino la capacidad humana para significar se reduce. Pues es a través de lo masculino y de lo femenino cómo se abre la vida hacia el misterio. Se abre, en primer lugar, hacia el misterio de nuestro origen, que atravesó esta diferencia. Y se abre, además, hacia el misterio del amor, pues la diferencia permite a hombre y mujer unirse en ese preciso lugar donde fueron generados. Se abre, finalmente, hacia el misterio del futuro, que conserva su novedad gracias a que no puede ser apresado, porque siempre quedará en pie la diferencia. Podemos decir que sin la diferencia hombre-mujer el lenguaje se cerraría sobre sí mismo, reducido a lenguaje utilitarista, incapaz de constituir mundo nuevo. Todo el lenguaje sería como el lenguaje científico, que describe el mundo, pero que no lo abre ni lo constituye ni lo proyecta.

En realidad, todo lenguaje, en cuanto que tiene voz y toca y modela los afectos, es lenguaje que se apoya y crece sobre un “lenguaje del cuerpo”. Pues el cuerpo tiene significados que el hombre puede, como dice san Juan Pablo II, “releer en verdad”, ya que el cuerpo permite unirse al hombre y a la mujer y hacerlo desde el origen de ellos y hacia un futuro que les supera. Cuando se dice “releer”, se pasa de la escucha a la lectura, pero la lectura no es solo actividad visual sino también auditiva, porque se siguen imaginando palabras y tomando tiempo para hacerlo. Por eso tenía su sentido que los antiguos leyeran en voz alta.

Además, el lenguaje del cuerpo vincula el oído al tacto, pues los caracteres de este lenguaje están tatuados en nuestro cuerpo. En todo caso se trata siempre del carácter previo que tiene la palabra, que nos precede y nos llama, sea en su forma oral o escrita.

(c) Finalmente, podemos abordar el nexo del oído con el tiempo. Mientras los otros sentidos pueden aislarse del tiempo, el oído respira en él. Por eso este sentido articula la diferencia de los tiempos masculino y femenino. El cuerpo de la mujer percibe con más fuerza el tiempo que pasa y su ritmo. Ella es la que permite al hijo habitar el tiempo y que le sea familiar. El padre, por su parte, ayuda al niño a entender los manantiales del tiempo, su origen y su destino.

Un ejemplo son los personajes de Abrahán y Sara. Mientras Abrahán recibe la promesa de la alianza, a Sara corresponde la bendición. Son dos modos bíblicos en los que Dios actúa en el tiempo. La alianza apunta al origen del tiempo, que procede de una acción salvadora de Dios. Es Dios que irrumpe en el tiempo y se enseñoorea de él. La bendición, por su parte, es la discreción de Dios que permea el tiempo, desde su presencia continua y regular en la creación. Alianza y bendición, hombre y mujer, van ritmando el tiempo del mundo, desde Dios como origen hasta Dios como plenitud.

4. Tacto y caricia

Tras la vista y el oído, un grado mayor de intimidad llega con el tacto. El tacto es sentido recíproco, pues no se puede tocar sin ser tocado, experimentar el calor de la llama sin ser quemado por ella. Es claro que el tacto está estructurado desde la diferencia del hombre y de la mujer, en la correspondencia de los cuerpos de ellos.

La primera dimensión del tacto nos refiere a la diferencia sexual desde el cuerpo de nuestros padres, y más en concreto el femenino de nuestra madre, donde hemos sido formados. La Biblia habla de unos dedos que fueron modelando nuestro cuerpo con delicadeza y paciencia. El niño es tocado, abrazado, acogido, y su primera experiencia de este “ser tocado” marca para siempre la relación con su propio cuerpo. En el tacto se dan por tanto las “coordenadas cero” de nuestra existencia, el comienzo absoluto no elegido que define todo lo que seguirá.

El poeta Luis Rosales, en su obra *La casa encendida*, se refiere a su madre como “mi primer corazón”, añadiendo: “hemos vivido el mismo corazón durante largos meses”. Y describe desde el tacto la relación primera con su madre: “he vivido doliéndote... yo he dolido mucho para poder vivir... yo sigo doliendo allá en el centro de tu vientre, allá en el fruto de tu vientre y encendiéndome en él y ardiendo de tu carne...” Y, según el poeta, esta relación es tan honda que no se extinguió, que sigue toda la vida e incluso tras la muerte de su madre: “sigo doliendo allá en el centro de tu vientre, y ardiendo en tu carne”, pues “yo he seguido consumiéndote, / que yo he querido seguir haciendo desde entonces, / aquel viaje de la sangre que empuja y quiere circular entre dos corazones”.

Así que el tacto cobra especial hondura cuando se da dentro de la familia. Esto sucede luego en la relación entre marido y mujer. Es conocida la descripción que hace Emmanuel Lévinas de la caricia. ¿Qué queremos tocar cuando acariciamos? No, ciertamente, la piel. Nuestro deseo va más adentro y ni siquiera conoce esa hondura que busca:

Lo acariciado no es tocado, hablando con propiedad. No es lo aterciopelado ni la tibieza de esa mano dada en el contacto lo que la caricia busca. Es esa búsqueda de la caricia lo que constituye su esencia, por el hecho de que la caricia no sabe lo que busca. Este no-saber, este desarreglo fundamental es lo esencial en ella. Es como un juego con algo que se sustrae, y un juego absolutamente sin proyecto ni plan, no con lo que puede llegar a ser nuestro y nosotros, sino con algo otro, siempre otro, siempre inaccesible, siempre por venir. Y la caricia es la espera de ese porvenir puro sin contenido⁵.

⁵ E. LÉVINAS, *Totalidad e Infinito*.

En la caricia se aguarda, por tanto, el futuro, el puro porvenir. La plenitud del tacto llega en la unión conyugal, donde hombre y mujer se hacen una sola carne hacia un porvenir radicalmente nuevo, el del hijo. El tacto muestra, más que ningún otro sentido, cómo hombre y mujer se entienden solo el uno desde el otro. Viene a la mente la frase de un personaje de Paul Claudel, en su obra *El padre humillado*, una chica ciega que le dice a su novio, Orian:

Orian, ¿entendéis ahora lo que es ser ciega? Mi mano, si la levanto, no la veo. No existe en sí misma hasta que alguien no la toma y me la hace sentir. Mientras estoy sola, soy como uno que no tiene cuerpo [...]. Solo si viene alguien, me toma y me sostiene entre sus brazos, entonces existo en un cuerpo. Solo a través de ese alguien conozco [mi cuerpo]. No lo conozco, si no lo dono⁶.

⁶ CLAUDEL (1920: 104).

La ciega, precisamente por no poder ver, entiende algo universal, ligado al tacto. Solo desde el contacto, cuando alguien nos toma y nos hace sentir nuestro cuerpo, estamos seguros de existir realmente, de tener un cuerpo que nos sitúa en el mundo y nos lanza a participar en él. Y para ello es necesario aceptar la relación, aceptar tomar y ser tomado, donar y que alguien se nos done.

Como afirma la feminista francesa Luce Irigaray, es propio del cuerpo femenino ser espacio que envuelve. De ahí que, según Emmanuel Lévinas, se pueda asociar a la mujer con la capacidad de crear morada, espacios de acogida que no son ajenos al hombre, sino que se ligan a su identidad más honda. Al hombre se le aplica mejor la imagen del camino o la del horizonte, que sitúa siempre la morada ante un más allá desconocido y distante.

Pedro Salinas ha distinguido entre dos caricias, la del beso y la de la frente que toca la otra frente. En el beso

[L]os labios ceden, rinden
su forma al otro labio
que los viene a besar.
Nos creemos
que allí se aprieta el mundo,
que se cierran
el final y el principio:
engañan sin querer.

Frente a esta unión fácil que promete el beso, “la frente es más segura”. Ahora el tacto expresa el misterio de la persona, su durabilidad, su carácter impenetrable, pero también lo eterno de la relación, sin abandonar la carne ni el tacto:

Pero la frente es dura;
por detrás de la carne
está, rígida, eterna,
la respuesta inflexible,
monosílaba, el hueso.
Se maduran los mundos
tras de su fortaleza.
Nada se puede ver
ni tocar. Sonrosada
o morena, la piel
disfraza levemente
la defensa absoluta
del ser último.

De ahí que la frente prometa una unión que va más allá, incluso cuando acaben los besos, cuando se marchite la carne:

Besos
me entregas y dulzuras
esenciales del mundo,
en su fruto redondo,
aquí en los labios. Pero

cuando toco tu frente
con mi frente, te siento
la amada más distante,
la más última, esa
que ha de durar, secreta,
cuando pasen los labios,
sus besos.

5. El gusto de la “una sola carne” y el olfato del “un solo ambiente”

La unidad de la “una sola carne”, que el tacto realiza, llama a una asimilación de vida, que está recogida por el gusto. “Se unirá el hombre a su mujer y serán una sola carne” (Gén 2,24). En este “se unirá” la Biblia no indica solo proximidad física, sino unión en fidelidad, la misma que guarda Dios con su pueblo Israel. Tenemos, por tanto, un tipo de unidad que abarca el tiempo, y que pide una asimilación mutua, de modo que sean “dos en una carne”, según la traducción griega antigua del Génesis.

Queda así claro, desde el gusto, que la polaridad hombre - mujer es una polaridad participativa, es decir, capaz de ser donada mutuamente, para que el hombre asimile lo femenino desde la mujer, y la mujer lo masculino desde el hombre. Me refiero de nuevo a Pedro Salinas, ahora en su poema “Salvación por el cuerpo”, de su libro *Razón de amor*. Allí describe la plenitud del cuerpo en lo que llama “cuerpo del amor”, donde se consuma la búsqueda del cuerpo que atraviesa el cosmos y la vida humana:

Encarnación final, y jubiloso
nacer, por fin, en dos, en la unidad
radiante de la vida, dos. Derrota
del solitario aquel nacer primero.
Arribo a nuestra carne trascorpórea,
al cuerpo, ya, del alma.
Y se quedan aquí tras el hallazgo
-milagroso final de besos lentos-,
rendidos nuestros bultos y estrechados,
sólo ya como prendas, como señas
de que a dos seres les sirvió esta carne
-por eso está tan trémula de dicha-
para encontrar, al cabo, al otro lado,
su cuerpo, el del amor, último y cierto.
Ese que inútilmente esperarán las tumbas

Se habla ahora de “encarnación final”, cuando no se tiene la carne sola, sino la carne de hombre y mujer que nacen en dos. Juan Pablo II recogía esta idea cuando hablaba de la creación de Eva como creación definitiva del hombre, como comunión de personas⁷. Y se logra la “carne trascorpórea”, porque es propio del gusto trascorporeizar, transformar un cuerpo en otro cuerpo.

Junto al gusto está el olfato, que contiene, por un lado, la apertura del amor hacia su más allá, hacia su trascendencia. Jean Guitton decía que, así como necesitamos atmósfera para poder respirar y vivir, así hace falta una “erosfera” para poder amar, un ambiente donde la relación se hace posible. Este ambiente precede a quienes viven en él, y esto mismo ocurre en el amor, que tiene que ser continuamente respirado desde una fuente más alta.

El olfato nos ayuda a entender, además, la difusividad del amor, que se expande hasta ocupar el espacio habitable. Lo trágico de Anna Karenina, y también de los amantes de Kundera en *La insostenible levedad del ser*, es que el amor se queda en la pareja, incapaz de expandirse socialmente. En el caso de Kundera lo que oprime no es una sociedad inflexible con el divorcio, sino lo contrario, una sociedad de atmósfera tan leve, que no puede en ella respirar el amor.

Esta reducción del ambiente la recoge Gonzalo Torrente Ballester en su *Don Juan*, para explicar el pecado contra el amor de Adán y Eva. La mujer pide al hombre que supriman la atmósfera, que se unan sin contar con ella:

⁷ Cf. Catequesis del 14 de noviembre de 1979, n.9,2.

—Que lo hagas como yo te lo pido. Olvidándolo todo y pensando solo en nosotros. Cerrando la puerta de nuestros corazones al amor de los demás, que no nos importan nada.

—Pero jeso es monstruoso, Eva! ¡No puede ser!

En la oscuridad de la espelunca; el cuerpo de Eva, acariciado, temblaba de deseo, y su olor excitaba a Adán. Entre sollozos, entre caricias pedidas y negadas, Eva decía:

—¡Nada más que una vez, nada más que un instante! ¡Quiero ser para ti tu dios y tu universo, como lo eres para mí...!"⁸

La consecuencia será que el amor no podrá respirar, hasta el punto de que los mismos amantes quedarán expulsados de ese ambiente interior, propiedad de ellos solos, que se querían construir:

—¿Una vez nada más? ¿Me le prometes?

Eva sonrió en la penumbra. Abrió los labios, los acercó a la boca de Adán.

—Te lo juro.

Adán, frenético, la abrazó. Y, unos momentos después, un enorme gemido, un gemido tremendo salió de todas las criaturas, animales, vegetales y minerales; de los cuerpos terrestres y celestes, de los acuáticos y de los aéreos, como si al corazón del universo se le hubieran roto las cuerdas.

[...]

—Adán, ¿qué te sucede, que no te siento? ¿Por qué mi goce no sale de mi cuerpo, Adán? ¿Por qué el tuyo no me llega?"⁹

⁸ TORRENTE BALLESTER (2020).

⁹ TORRENTE BALLESTER (2020).

Conclusión: regenerar los sentidos

Todo este recorrido nos deja una tarea. Recobrar la relación del hombre y la mujer puede hacerse solo recobrando la plenitud de los sentidos. No hay sentido de la sexualidad sin sentidos de la sexualidad. Yace aquí, a mi entender, la desnudez originaria de que ha hablado Juan Pablo II, que consiste en la apertura de todo el campo sensorial para comprender a la persona y acoger la lógica del don.

El peligro es quedarse en los sentidos superficiales que no permiten al sujeto salir de sí mismo, pues le devuelven su propio reflejo. Precisamente el corazón es el sexto sentido que los unifica a todos, y les permite alcanzar su necesaria hondura. Y el corazón despliega ante los sentidos la dimensión de un camino, desde que el sentido despierta hasta que alcanza su plenitud. En ese camino se desvela la fuerza de la imagen cristiana de la sexualidad, que no renuncia a los sentidos, sino que sabe encauzarlos hacia su meta. Puede ayudarnos, por eso, terminar con los primeros versos del *Cantar de los Cantares*, donde se agolpan los sentidos para expresar, sea el amor de hombre y mujer, sea el ansia del corazón humano hacia Dios:

¡Bésame con los besos de su boca! | ¡Tus amores son más dulces que el vino!

¡Qué exquisito el olor de tus perfumes; | aroma que se expande es tu nombre; | por eso te aman las doncellas!

Llévame contigo, ¡corramos!; | condúzcame el rey a su alcoba; | disfrutemos y gocemos juntos, | saboreemos tus amores embriagadores. | ¡Con razón te aman las doncellas! (Ct 1,2-4).

Bibliografía citada

- BADIOU, A. (2011): *Elogio del amor*, Madrid, La esfera de los libros.
- CALVINO, I. (1989): *Bajo el sol jaguar*, Barcelona, Tusquets.
- CLAUDEL, P. (1920): *Le Père humilié*, Paris, Gallimard.
- EBERSTADT, M. (2000): *Gritos primigenios. Cómo la revolución sexual creó las políticas de identidad* (original: *Primal Screams*), Madrid, Rialp.
- GILLIGAN, C. (2016): *In a Different Voice*, Harvard, Harvard University Press.
- HADJADJ, F. (2000): *Juana y los poshumanos o el sexo del ángel*, Madrid, Homo legends.
- LÉVINAS, E. (1977): *Totalidad e Infinito*, Madrid, Sígueme.
- MARÍAS, J. (1970): *Antropología metafísica. La estructura empírica de la vida humana*, Madrid, Revista de Occidente.
- PEREL, E. (2017): *The State of Affairs. Rethinking Infidelity*, New York, Harper.
- REGNERUS, M. (2017): "The Death of Eros", en *First Things* (<https://www.firstthings.com/article/2017/10/the-death-of-eros>)
- SALINAS, P. (1998): *Obras completas*, Madrid, Alianza.
- SAN JUAN PABLO II, Catequesis del 10 de septiembre de 1980.
—, Catequesis del 14 de noviembre de 1979.
- TORRENTE BALLESTER, G. (2020), *Poema de Adán y Eva*, Madrid, Didáskalos.

